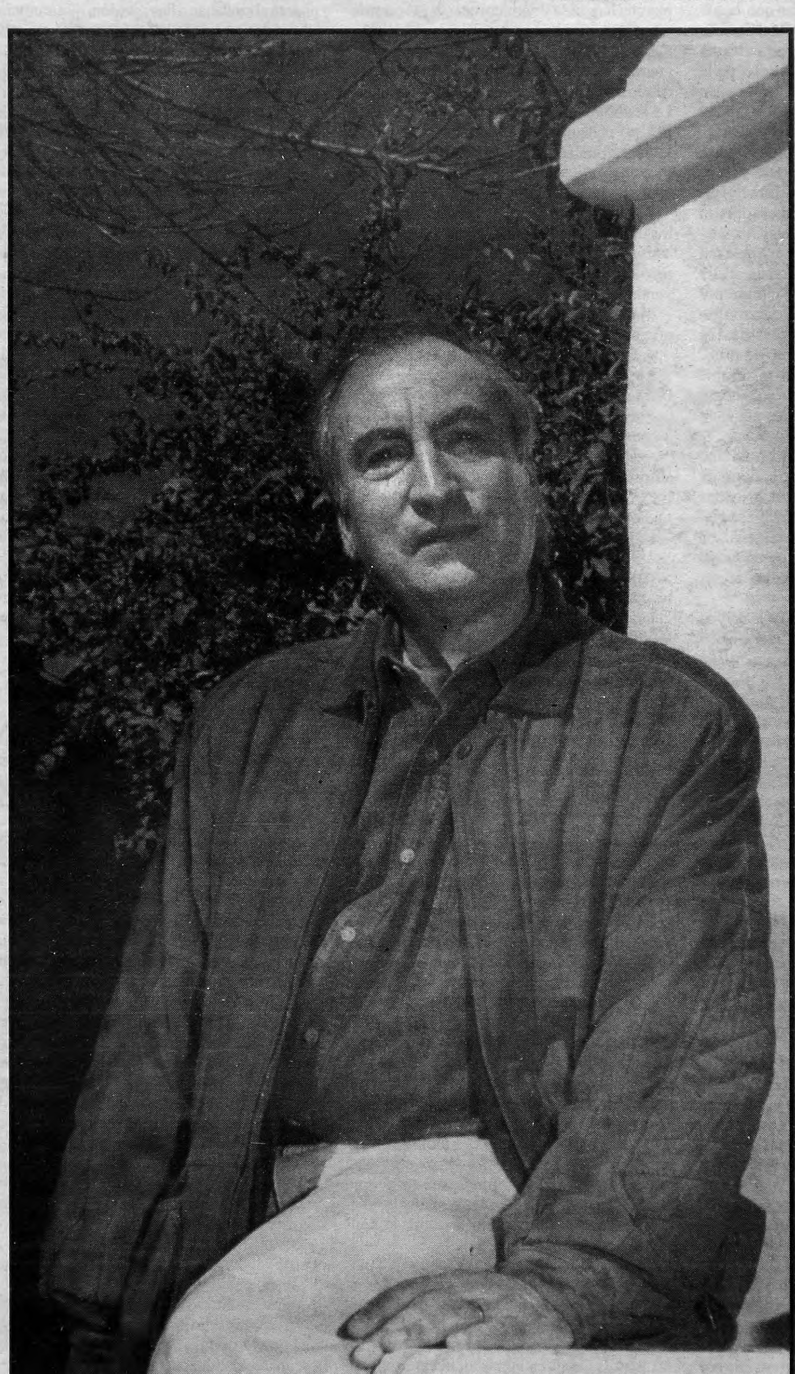
E. MARTINEZ

Perón Vuelve

Escribe David Rock en su libro *Argentina 1516-1987*: "Poco después de la investidura de Cámpora, las tensiones latentes afloraron en el movimiento peronista, producto de su reciente y precipitado crecimiento, su extrema heterogeneidad y la lucha de poder entre los Montoneros y los líderes sindicales. Uno de los primeros actos de Cámpora fue declarar la amnistía política y liberar a todos los guerrilleros encarcelados. Los Montoneros ahora abandonaron el reclutamiento clandestino e hicieron un intento abierto de ampliar su base y lograr posiciones estratégicas de poder. Tomaron el control de la Juventud Peronista, crearon organizaciones de frente en las universidades y en las villas miseria, y estuvieron similarmente activos en los sindicatos, donde los 'burócratas' sindicales pronto empezaron a organizar la resistencia".

En junio de 1973 Perón estaba listo para emprender la vuelta a la patria. Una multitud, estimada en medio millón de personas, se encaminó hacia el aeropuerto de Ezeiza para darle la bienvenida. Mientras lo esperaban, estalló una batalla campal entre los mercenarios armados de los sindicatos y los Montoneros.



Presentación de Guillermo Piro

por Tomás Eloy Martínez

Adiós a M

Una vez más, el general Juan Perón soñó que caminaba hasta la entrada del Polo Sur y que una jauría de mujeres no lo dejaba pasar. Cuando despertó, tuvo la sensación de no estar en ningún tiempo. Sabía que era el 20 de junio de 1973, pero eso nada significaba. Volaba en un avión que había despegado de Madrid al amanecer del día más largo del año, e iba rumbo a la noche del día más corto, en Buenos Aires. El horóscopo le vaticinaba una adversidad desconocida. ¿De cuál podría tratarse, si ya la única que le faltaba vivir era la deseada adversidad de la muerte?

Ni siquiera tenía prisa por llegar a parte alguna. Estaba bien así, suspendido de sus propios sentimientos. ¿Y eso qué era? ¿Los sentimientos?: nada. Cuando mozo, le dijeron que no sabía sentir, sino representar los sentimientos. Necesitaba una tristeza o una señal de compasión, y ya: las pegaba con un alfiler sobre la cara. Su cuerpo vagaba siempre por otra parte, donde los afanes del corazón no pudieran lastimarlo. Hasta el lenguaje se le iba tiñendo de palabras ajenas: mozo, de prisa. Nada le había pertenecido, y él mismo se pertenecía menos que nadie. De un solo hogar disfrutó en la vida —estos últimos años, en Madrid—, y también acababa de perderlo.

Levantó la cortina de la ventanilla y adivinó el mar debajo del avión: es decir, la tierra de ninguna parte. Arriba, unas hebras amarillas de cielo se desplazaban perezosamente, de un meridiano a otro. El reloj del General señalaba las cinco, pero allí mismo, en ese punto móvil del espacio, ninguna hora llegaba a ser verdadera.

Su secretario lo había retenido en la cabina de primera clase, para que se mantuviera fresco al llegar y la muchedumbre que lo aguardaba lo viese como al otro: el Perón del pasado. Disponía de cuatro butacas, sofás y una pequeña mesa de comedor. En la penumbra, observó a la esposa distrayéndose con una revista de fotos: era menuda como un pájaro y tenía la virtud de ver sólo la superficie de las personas. Al General le habían aterrado siempre las mujeres que iban más lejos, abriéndose camino entre sus no sentimientos.

Poco antes del almuerzo, el secretario lo llevó a dar una vuelta por la clase turista, donde viajaba una corte de cien hombres. A casi nadie reconocía. Le deslizaban en el oído apellidos de gobernadores, diputados, dirigentes sindicales. "Ah, sí", saludaba él. "Cuento con ustedes. No vayan a dejarme solo en Buenos Aires..." Estrechó la mano aquí y allá, hasta que se le clavó un dolor en la boca del estómago y tuvo que detenerse a tomar aliento. "No es nada, no es nada", lo apaciguó el secretario, mientras lo devolvía a su butaca. "No es nada", repitió el General. "Pero quiero quedarme solo".

La esposa le envolvió las piernas con una frazada y reclinó el asiento, para que la sangre perezosa del General fuera avivándole el temple.

—¡Qué hombre tan bueno es Daniel! ¿Viste, Perón, qué hombre tan servicial nos ha mandado Dios?

—Sí —admitió el General—. Ahora déjenme dormir.

El secretario se llamaba José López Rega, pero en la primera ocasión de intimidad pedía seriamente que lo llamaran Daniel, ya que por ese nombre astral lo conocería el Señor cuando tronara el escarmiento del apocalipsis. Parecía un carnicero de barrio: era retacón y confianzudo. Se posaba como una mosca sobre todas las conversaciones, sin preocuparse en lo más mínimo por la tolerancia de la gente. En otros tiempos se había esforzado por caer simpático, pero ya no. Ahora se vanagloriaba de su antipatía.

Un par de veces, mientras el General dormía la siesta en el avión, López había tratado de medirle el espesor del aire en los alvéolos de los pulmones. Lo penetraba con el pensamiento e iba siguiendo, de un alvéolo a otro, la marcha lánguida y entrecortada de las corrientes. Al tropezar con un ronquido en el diafragma, el secretario se alarmó. Decidió montar guardia sentado en el brazo de la butaca, ayudando con la voluntad a que el aire se moviera. La señora, entretanto, harta de haber releído la historia de unos esponsales sevillanos en la revista *Hola*, se quitó los zapatos y olvidó la mirada en el paisaje de acero puro dentro del cual se movía el avión, insensiblemente.

Apenas advirtió que el General despegaba los ojos, el secretario lo hizo ponerse de pie y caminar por el pasillo. Dobló la frazada, enderezó la butaca y acercó uno de los sofás a la ventana.

—Quedesé aquí sentado —dispuso—. Y aflojesé los botones del pantalón.

—Qué hora es —quiso saber el General.

El secretario meneó la cabeza, como si hubiera escuchado la pregunta de un niño.

—Quién sabe. Tal vez las dos. Pronto vamos a cruzar la línea del Ecuador.

—Entonces ya no podemos regresar —suspiró el General—. Era verdad lo que usted me predijo, López. Que un día yo iba a tirar mis huesos en la pampa.

[...]

Apenas el avión alzó vuelo y se perdió entre las sequedades ocres de Castilla, pidió que lo dejaran tranquilo y se adormeció. La esposa le quitó los zapatos y se puso a hojear los diarios de la mañana. Había tanta calma y una penumbra tan bien lavada que si cerraban los ojos podían imaginarse aún en el dormitorio de Madrid, mecidos por aquellas turbinas que más bien parecían las gárgaras de una tía vieja. Al poco rato, el General despertó sobresaltado:

—¿Qué hora es? —quiso saber.

—En Madrid son ya las nueve y cuarto —respondió la esposa—. Pero en Buenos Aires falta mucho todavía para que amanezca. Aquí arriba no puede saber uno en qué hora está viviendo. Ya has oído a Daniel: este avión va en dirección contraria a la del tiempo.

El General meneó la cabeza.

—Cómo ha cambiado el mundo, mija. Todas son puras confusiones de Dios.

El avión hizo escala en las Canarias bajo un sol tan blanco que hasta el paisaje se borraba. El gobernador de las islas se presentó a bordo con unas flores de cerámica para la señora y un manojo de medallas que fue colgando al azar, en los cuellos que tenía más cerca. Luego, en puntas de pie, pronunció un discurso que correspondía a un visitante equivocado, porque ponderaba la estrategia victoriosa del General en guerras donde no había estado ni siquiera de paso. La ceremonia se interrumpió cuando una horda de moscas se metió en el avión y cayó sin misericordia sobre la concurrencia.

Tardaron un largo rato en despegar. Ya más avanzado el día, después de haber sorteado una borrasca en Cabo Verde, el General fue al baño. Se observó en el espejo. Tenía las ojeras hinchadas y unos repentinos brotes de canas en las mejillas. Salió a buscar el neceser para afeitarse y los algodones de las tinturas. Canas de mierda, se dijo. Debo de estar sufriendo una tristeza muy grande para que la barba me crezca de semejante manera.

En la butaca le habían dejado algunos mapas con los derroteros de Aerolíneas Argentinas marcados en líneas de puntos, las bases navales de la Antártida, las redes ferroviarias abandonadas desde 1955. Abrió el plano de Buenos Aires. Recorrió con el índice la autopista que se abría paso desde las fábricas de Villa Lugano hacia el aeropuerto de Ezeiza, a través de monobloques, piletas populares y plantaciones de eucaliptus. Trató de imaginar dónde estaría el puente al cual iban a llevarlo para que arengase a la multitud. López le había contado que casi un millón de personas lo esperaba. Familias completas estaban abandonando sus casas sin trancar las puertas, como si aquello fuera el fin del mundo. Un cantante famoso, que aún recorría las carreteras para dar ánimo a los peregrinos, se había exaltado al recordarlo: "¡Un rayo misterioso nos ilumina! ¡Esta es la fe que mueve las montañas! ¡Dios está con nosotros! ¡Dios es argentino!".

Al pasar de un hemisferio a otro, el avión entró en una turbulencia violeta y las alas temblaron. Los pilotos informaron al General que la costa del Brasil se veía a lo lejos y le ofrecieron pasar a la cabina de mando. "No estoy con espíritu", les agradeció. "Lo único que me ha dado el Brasil son disgustos y mala suerte".

Quiso, en cambio, que vinieran a sentarse con él los pocos amigos en los que aún confiaba.

—Tráigamelos de una vez —le dijo a López—. Se ha hecho tarde ya y tenemos que prepararnos.

Consintió en que los primeros fuesen la hija y el yerno del secretario, quienes solían divertir a la señora contándole historias de los artistas de cine. El yerno, Raúl Lastiri, era un pícaro de barrio, diestro en hacer asados y en levantarse con un ademán reo a las mujeres de cabaret; Norma, la hija, tenía veinticinco años menos, pero trataba a Lastiri con la suficiencia de una suegra.

Entre las cortinas que daban a los baños el General distinguió a José Rucci, el esmirriado secretario general de la CGT. Estaba comiéndose las uñas, a la espera de que lo dejasen pasar. Perón sentía inclinación por él.

—¿Mijo? —lo llamó. El hombrecito asomó la cabeza con precaución. Gastaba unos bigotes espesos, que se movían al compás de su enorme nuez de Adán. Para no despeinarse, llevaba el jopo empastado de laca. —Venga, sientesé. ¿Es verdad que hay un millón de personas ahí abajo? Cuando lleguemos será el doble. ¿Y si se desbocaran, como los caballos?

—No se preocupe, mi General —entró Rucci, sobrador—. Hemos tomado el aeropuerto y toda el área del puente. Tengo a miles de muchachos fieles repartidos en las rutas de acceso. Si hace falta, van a dar la vida por Perón.

—Eso es: la vida por Perón —se oyó despertar a la señora.

El General bajó la cabeza. Era extraño. Cada vez que lo hacía, el tiempo se le volvía agua, escurriéndose del cuerpo. Bajaba la cabeza, y al subirla, habían pasado ya muchas cosas que no podía recordar, como si el atardecer de hoy se hubiera convertido repentinamente en un atardecer de mañana.

Al lado de la señora vino a sentarse un italiano que a cada rato la obsequiaba con figurines de moda y anteojos de sol. Decían que, antes de morir, el papa Juan XXIII lo había gratificado con sus más virtuosas confidencias. El propio General solía oír cómo el italiano bromeaba por teléfono con los cardenales de las congregaciones vaticanas y conversaba sin intermediarios con Mao Tsé-Tung y con Su Santidad Pablo VI, aun a las horas en que no atendían a nadie.

Se llamaba Giancarlo Elia Valori. Visitaba con frecuencia la quinta de Madrid, siempre afanoso por conseguir una condecoración para cierto amigo banquero, Licio Gelli, quien lo acompañaba también en este vuelo a Buenos Aires. Gelli era un caballero sombrío, de pocas palabras. Cuando hablaba con el General sonreía con facilidad, pero manteniéndose a distancia, como si temiera que le contagiasen alguna plaga. Seducido por Valori, el secretario había garantizado que conseguiría la condecoración. Pero el General vacilaba: "La gran cruz de la orden del Libertador, Valori... ¿Para qué quiere tanto?" Y el italiano insistía: "Puse a la Iglesia del lado suyo, excelentísimo. Ponga usted a Gelli del lado mío".

De todas las amarguras y fastidios que el General había debido afrontar durante el viaje, ninguna era tan insufrible como la compañía de Héctor J. Cámpora, el presidente de la República. En los tres años pasados, cuando era su delegado personal y no tenía otra obligación que la de obedecerle, Cámpora había sido fiel, discreto, maravilloso. A veces, al caer la tarde, el General lo extrañaba y hasta le daba unas palmaditas de amistad, sin advertir que Cámpora no estaba allí sino en Buenos Aires. Pero al sentirse con mando, el presidente se había echado a perder. Tomaba en serio su papel: lo representaba con demasiado entu-



"Adiós a Madrid", capi

Adiós a Madrid

por Tomás Eloy Martínez

Una vez más, el general Juan Perón soñó que caminaba hasta la entrada del Polo Sur y que una jauría de mujeres no lo dejaba pasar. Cuando despertó, tuvo la sensación de no estar en ningún tiempo. Sabía que era el 20 de junio de 1973, pero eso nada significaba. Volaba en un avión que había despegado de Madrid al amanecer del día más largo del año, e iba rumbo a la noche del día más corto, en Buenos Aires. El horóscopo le vaticinaba una adversidad desconocida. ¿De cuál podría tratarse, si ya la única que le faltaba vivir era la deseada adversidad de la muerte?

Ni siquiera tenía prisa por llegar a parte alguna. Estaba bien así, suspendido de sus propios sentimientos. ¿Y eso qué era? ¿Los sentimientos?: nada. Cuando mozo, le dijeron que no sabía sentir, sino representar los sentimientos. Necesitaba una tristeza o una señal de compasión, y ya: las pegaba con un alfiler sobre la cara. Su cuerpo vagaba siempre por otra parte, donde los afanes del corazón no pudieran lastimarlo. Hasta el lenguaje se le iba tiñendo de palabras ajenas: mozo, de prisa. Nada le había pertenecido, y él mismo se pertenecía menos que nadie. De un solo hogar disfrutó en la vida —estos últimos años, en Madrid—, y también acababa de perderlo.

Levantó la cortina de la ventanilla y adivinó el mar debajo del avión: es decir, la tierra de ninguna parte. Arriba, unas hebras amarillas de cielo se desplazaban perezosamente, de un meridiano a otro. El reloj del General señalaba las cinco, pero allí mismo, en ese punto móvil del espacio, ninguna hora llegaba a ser verdadera.

Su secretario lo había retenido en la cabina de primera clase, para que se mantuviera fresco al llegar y la muchedumbre que lo aguardaba lo viese como al otro: el Perón del pasado. Disponía de cuatro butacas, sofás y una pequeña mesa de comedor. En la penumbra, observó a la esposa distrayéndose con una revista de fotos: era menuda como un pájaro y tenía la virtud de ver sólo la superficie de las personas. Al General le habían aterrado siempre las mujeres que iban más lejos, abriéndose camino entre sus no sentimientos.

Poco antes del almuerzo, el secretario lo llevó a dar una vuelta por la clase turista, donde viajaba una corte de cien hombres. A casi nadie reconocía. Le deslizaban en el oído apellidos de gobernadores, diputados, dirigentes sindicales. "Ah, sí", saludaba él. "Cuento con ustedes. No vayan a dejarme solo en Buenos Aires..." Estrechó la mano aquí y allá, hasta que se le clavó un dolor en la boca del estómago y tuvo que detenerse a tomar aliento. "No es nada, no es nada", lo apaciguó el secretario, mientras lo devolvía a su butaca. "No es nada", repitió el General. "Pero quiero quedarme solo".

La esposa le envolvió las piernas con una frazada y reclinó el asiento, para que la sangre perezosa del General fuera avivándole el temple.

—¡Qué hombre tan bueno es Daniel! ¿Viste, Perón, qué hombre tan servicial nos ha mandado Dios?

—Sí —admitió el General—. Ahora déjenme dormir.

El secretario se llamaba José López Rega, pero en la primera ocasión de intimidad pedía seriamente que lo llamaran Daniel, ya que por ese nombre astral lo conocería el Señor cuando tronara el escarmiento del apocalipsis. Parecía un carnicero de barrio: era retacón y confianzudo. Se posaba como una mosca sobre todas las conversaciones, sin preocuparse en lo más mínimo por la tolerancia de la gente. En otros tiempos se había esforzado por caer simpático, pero ya no. Ahora se vanagloriaba de su antipatía.

Un par de veces, mientras el General dormía la siesta en el avión, López había tratado de medirle el espesor del aire en los alvéolos de los pulmones. Lo penetraba con el pensamiento e iba siguiendo, de un alvéolo a otro, la marcha lánguida y entrecortada de las corrientes. Al tropezar con un ronquido en el diafragma, el secretario se alarmó. Decidió montar guardia sentado en el brazo de la butaca, ayudando con la voluntad a que el aire se moviera. La señora, entretanto, harta de haber releído la historia de unos esponsales sevillanos en la revista *Hola*, se quitó los zapatos y olvidó la mirada en el paisaje de acero puro dentro del cual se movía el avión, insensiblemente.

Apenas advirtió que el General despegaba los ojos, el secretario lo hizo ponerse de pie y caminar por el pasillo. Dobló la frazada, enderezó la butaca y acercó uno de los sofás a la ventana.

—Quedesé aquí sentado —dispuso—. Y aflojesé los botones del pantalón.

—Qué hora es —quiso saber el General.

El secretario meneó la cabeza, como si hubiera escuchado la pregunta de un niño.

—Quién sabe. Tal vez las dos. Pronto vamos a cruzar la línea del Ecuador.

—Entonces ya no podemos regresar —suspiró el General—. Era verdad lo que usted me predijo, López. Que un día yo iba a tirar mis huesos en la pampa.

[...]

Apenas el avión alzó vuelo y se perdió entre las sequedades ocres de Castilla, pidió que lo dejaran tranquilo y se adormeció. La esposa le quitó los zapatos y se puso a hojear los diarios de la mañana. Había tanta calma y una penumbra tan bien lavada que si cerraban los ojos podían imaginarse aún en el dormitorio de Madrid, mecidos por aquellas turbinas que más bien parecían las gárgaras de una tía vieja. Al poco rato, el General despertó sobresaltado:

—¿Qué hora es? —quiso saber.

—En Madrid son ya las nueve y cuarto —respondió la esposa—. Pero en Buenos Aires falta mucho todavía para que amanezca. Aquí arriba no puede saber uno en qué hora está viviendo. Ya has oído a Daniel: este avión va en dirección contraria a la del tiempo.

El General meneó la cabeza.

—Cómo ha cambiado el mundo, mija. Todas son puras confusiones de Dios.

El avión hizo escala en las Canarias bajo un sol tan blanco que hasta el paisaje se borraba. El gobernador de las islas se presentó a bordo con unas flores de cerámica para la señora y un manojo de medallas que fue colgando al azar, en los cuellos que tenía más cerca. Luego, en puntas de pie, pronunció un discurso que correspondía a un visitante equivocado, porque ponderaba la estrategia victoriosa del General en guerras donde no había estado ni siquiera de paso. La ceremonia se interrumpió cuando una horda de moscas se metió en el avión y cayó sin misericordia sobre la concurrencia.

Tardaron un largo rato en despegar. Ya más avanzado el día, después de haber sorteado una borrasca en Cabo Verde, el General fue al baño. Se observó en el espejo. Tenía las ojeras hinchadas y unos repentinos brotes de canas en las mejillas. Salió a buscar el neceser para afeitarse y los algodones de las tinturas. Canas de mierda, se dijo. Debo de estar sufriendo una tristeza muy grande para que la barba me crezca de semejante manera.

En la butaca le habían dejado algunos mapas con los derroteros de Aerolíneas Argentinas marcados en líneas de puntos, las bases navales de la Antártida, las redes ferroviarias abandonadas desde 1955. Abrió el plano de Buenos Aires. Recorrió con el índice la autopista que se abría paso desde las fábricas de Villa Lugano hacia el aeropuerto de Ezeiza, a través de monobloques, piletas populares y plantaciones de eucaliptus. Trató de imaginar dónde estaría el puente al cual iban a llevarlo para que arengase a la multitud. López le había contado que casi un millón de personas lo esperaba. Familias completas estaban abandonando sus casas sin trancar las puertas, como si aquello fuera el fin del mundo. Un cantante famoso, que aún recorría las carreteras para dar ánimo a los peregrinos, se había exaltado al recordarlo: "¡Un rayo misterioso nos ilumina! ¡Esta es la fe que mueve las montañas! ¡Dios está con nosotros! ¡Dios es argentino!".

Al pasar de un hemisferio a otro, el avión entró en una turbulencia violeta y las alas temblaron. Los pilotos informaron al General que la costa del Brasil se veía a lo lejos y le ofrecieron pasar a la cabina de mando. "No estoy con espíritu", les agradeció. "Lo único que me ha dado el Brasil son disgustos y mala suerte".

Quiso, en cambio, que vinieran a sentarse con él los pocos amigos en los que aún confiaba.

—Tráigamelos de una vez —le dijo a López—. Se ha hecho tarde ya y tenemos que prepararnos.

Consintió en que los primeros fuesen la hija y el yerno del secretario, quienes solían divertir a la señora contándole historias de los artistas de cine. El yerno, Raúl Lastiri, era un pícaro de barrio, diestro en hacer asados y en levantarse con un ademán reo a las mujeres de cabaret; Norma, la hija, tenía veinticinco años menos, pero trataba a Lastiri con la suficiencia de una suegra.

Entre las cortinas que daban a los baños el General distinguió a José Rucci, el esmirriado secretario general de la CGT. Estaba comiéndose las uñas, a la espera de que lo dejasen pasar. Perón sentía inclinación por él.

—¿Mijo? —lo llamó. El hombrecito asomó la cabeza con precaución. Gastaba unos bigotes espesos, que se movían al compás de su enorme nuez de Adán. Para no despeinarse, llevaba el jopo empastado de laca. —Venga, sientesé. ¿Es verdad que hay un millón de personas ahí abajo? Cuando lleguemos será el doble. ¿Y si se desbocaran, como los caballos?

—No se preocupe, mi General —entró Rucci, sobrador—. Hemos tomado el aeropuerto y toda el área del puente. Tengo a miles de muchachos fieles repartidos en las rutas de acceso. Si hace falta, van a dar la vida por Perón.

—Eso es: la vida por Perón —se oyó despertar a la señora.

El General bajó la cabeza. Era extraño. Cada vez que lo hacía, el tiempo se le volvía agua, escurriéndose del cuerpo. Bajaba la cabeza, y al subirla, habían pasado ya muchas cosas que no podía recordar, como si el atardecer de hoy se hubiera convertido repentinamente en un atardecer de mañana.

Al lado de la señora vino a sentarse un italiano que a cada rato la obsequiaba con figurines de moda y anteojos de sol. Decían que, antes de morir, el papa Juan XXIII lo había gratificado con sus más virtuosas confidencias. El propio General solía oír cómo el italiano bromeaba por teléfono con los cardenales de las congregaciones vaticanas y conversaba sin intermediarios con Mao Tsé-Tung y con Su Santidad Pablo VI, aun a las horas en que no atendían a nadie.

Se llamaba Giancarlo Elia Valori. Visitaba con frecuencia la quinta de Madrid, siempre afanoso por conseguir una condecoración para cierto amigo banquero, Licio Gelli, quien lo acompañaba también en este vuelo a Buenos Aires. Gelli era un caballero sombrío, de pocas palabras. Cuando hablaba con el General sonreía con facilidad, pero manteniéndose a distancia, como si temiera que le contagiasen alguna plaga. Seducido por Valori, el secretario había garantizado que conseguiría la condecoración. Pero el General vacilaba: "La gran cruz de la orden del Libertador, Valori... ¿Para qué quiere tanto?" Y el italiano insistía: "Puse a la Iglesia del lado suyo, excelentísimo. Ponga usted a Gelli del lado mío".

De todas las amarguras y fastidios que el General había debido afrontar durante el viaje, ninguna era tan insufrible como la compañía de Héctor J. Cámpora, el presidente de la República. En los tres años pasados, cuando era su delegado personal y no tenía otra obligación que la de obedecerle, Cámpora había sido fiel, discreto, maravilloso. A veces, al caer la tarde, el General lo extrañaba y hasta le daba unas palmaditas de amistad, sin advertir que Cámpora no estaba allí sino en Buenos Aires. Pero al sentirse con mando, el presidente se había echado a perder. Tomaba en serio su papel: lo representaba con demasiado entusiasmo. Quería ser popular. Le encantaba que lo llamaran tío: el hermano del líder. Cada vez que pensaba en esas necedades, el General sentía un ardor de cólera.

Por fortuna, Cámpora se había dejado ver poco durante el viaje. Un par de veces, cuando aún volaban sobre España, había tratado de acercarse: "¿Está cómodo, señor? ¿Se le ofrece algo?". Pero el General lo rechazaba: "Quédese tranquilo, Cámpora. Descanse. Aproveche estas últimas horas muertas para descansar". Habían compartido el almuerzo en silencio. Ya llevaban casi una semana distanciados. Por momentos, Cámpora sentía ganas de pedir perdón, pero no sabía por qué.

Tenía sesenta y cinco años y los sentimientos transparentes: cada felicidad se le prendía en la cara como una vela. Estaba orgulloso de su dentadura y del bigotito fino que le patinaba sobre los labios; sus modales eran ceremoniosos y gentiles como los de un cantor de tangos. Caminaba gallardamente, con unas espaldas más jóvenes que el cuerpo. Pero delante del General se transfiguraba: los temblores que le bajaban del corazón iban encorvándolo a tal punto que parecía un camarero con la servilleta en el brazo.

Cuando Perón lo mandó a buscar, se había sentido mal, descompuesto. Al entrar en la cabina advirtió que el sol incomodaba a la señora en los ojos y se apresuró a cerrar la ventanilla.

—¿Qué hace, Cámpora? —lo reprendió el General—. Deje esos menesteres para las azafatas. Y siéntese de una vez. Ya lleva muchas horas de vida social.

El secretario mandó a servir té con galletitas. Hubo un largo rato de silencio, o tal vez de confusión, hasta que la señora, inadvertidamente, atropelló con los zapatos una hojarasca de revistas. Fue como una señal. Perón se puso de pie. Cámpora, que había logrado relajarse, se tensó de nuevo. Todos pudieron sentir cómo la tarde iba cayendo en un orden perfecto. El General extendió los brazos con una expresión de profunda pena.

—Yo estoy amortizado ya, muchachos. Nada espero de la vida sino quemar los últimos cartuchos al servicio de la patria... —Suspiró. La voz cambió de registro y se tiñó de una súbita ira— ... es que cada día me traen de Buenos Aires noticias que me alarman... Oigo que sin razón alguna entran desconocidos a las fábricas y las ocupan en nombre de Perón, desalojando a los propietarios legítimos... He sabido que molestan y golpean a los gremialistas que me han sido más fieles, invocando un peronismo que no es el mío... Hasta me han dicho que llaman por teléfono a los generales, en medio de la noche, para amenazarles a las familias... ¿Qué locuras son ésas? Los ultras están infiltrándonos el movimiento por todas partes, arriba y abajo. No somos violentos pero tampoco vamos a ser tontos. ¡Esto no puede seguir! El desorden trae caos, el caos acaba en sangre. Cuando querramos darnos cuenta ya no tendremos país. No habrá más Argentina. Viendo tanta torpeza, los militares volverán a conspirar. ¡Y con razón! Pero yo no estaré ahí para frenarlos. A mi edad, nadie se sacrifica para morir entre ruinas. No, señor. Les advierto que al primer desmán, Chabela y yo hacemos las valijas y nos volvemos a España.

El secretario asentía con énfasis, copiando con los labios cada palabra del General. Sin poder contenerse más, intervino:

—Estas tragedias pasan porque usted es demasiado bueno: porque no ha querido darles a los culpables su merecido.

—... Y sacarlos a patadas del movimiento —completó Rucci.

—A patadas —aceptó el General.

Fue en ese punto de la historia cuando sucedió. Uno de los pilotos abrió la puerta de la cabina, ofuscado. Apuntaba desesperadamente con el pulgar hacia abajo. Debía de tener ya las palabras casi afuera de la boca porque no supo qué hacer con ellas cuando vio la majestad del General alzada sobre aquel cónclave. Vaciló un instante y se las tragó. El secretario lo tomó del brazo y fue a encerrarse con él en la proa.

—Ahora digamé qué pasa —lo apremió.

—La torre de control de Ezeiza nos aconseja operar en otro aeropuerto, señor. —Desde el tablero de mando, la radio emitía silbidos histéricos. El copiloto, también excitado, contestaba con largas aes y oes a las informaciones de tierra—. Parece que han atacado el palco donde estaban esperando al General. Hay mucha confusión. Muertos, ahorcados, aplastados por las avalanchas... Los partes son terribles.

—Cuenteseló así mismo al General —vociferó López, abriendo la puerta de la cabina. Todos se volvieron. Hasta Gelli, que estaba echándose gotas en los ojos, atendió con asombro.

No bien el piloto empezó a repetir la historia, la señora se desesperó:

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué horrores son ésos?

Valori, el italiano, se apresuró a consolarla acercándole un pañuelo impregnado de perfume. El General, mientras tanto, no había perdido ni por un segundo su instinto de gravedad. Quiso saber si los pilotos se habían comunicado con el teniente coronel Jorge Osinde, que era jefe del comité de recepción, y cuál era la opinión del vicepresidente Solano Lima, a quien los terribles sucesos debían de estar angustiando en el aeropuerto. Sí, lo habían hecho todo:

—Recibimos el primer aviso a las 15.05: una llamada del teniente coronel Osinde. Fue una comunicación muy confusa. Se oían gritos... Alguien que no se identificó volvió a llamarnos a las 15.23. Estaban tomando declaraciones a los detenidos: así dijo. Y creían que se trataba de un complot para asesinar al General.

La señora no pudo más y soltó el llanto.

—¡Distensione, distensione! —recomendó Valori, con voz histérica.

—¿Y ahora, qué hacemos? —encaró el secretario al presidente Cámpora—. ¡Hombre, a ver si por una vez se le ocurre algo!

—A las 15.32 hablamos con el doctor Solano Lima en persona —siguió el piloto—. Venía de recorrer el área en helicóptero. Recomendó descartar el aeropuerto de Ezeiza. Coincidió con el teniente coronel Osinde, que nos aconseja ir a Morón. El vicepresidente prometió volver a llamar. Quiere comunicarse directamente con el doctor Cámpora.

—¿Y han averiguado quién empezó todo? —preguntó el General.

—Así lo han informado, señor, que ya lo saben. —El piloto leyó unas notas: —A las 14.03 se registró en la ruta 205 el paso de unas tres mil personas que avanzaban hacia el palco, llevando carteles de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y de los montoneros. A las 14.20 esas personas trataron de romper los cordones de seguridad y de invadir el área más cercana al palco, justo al pie del puente, donde ya no cabía ni un alfiler. Como los cordones se mantuvieron firmes, los de las FAR abrieron fuego. Usaron armas de procedencia soviética, con el caño recortado. Cuando el ataque fue repelido, el tiroteo se generalizó... Nos han transmitido cifras muy cambiantes de bajas: cincuenta, cien, quinientos. Parece que los equipos de sanidad no dan abasto, y que algunos heridos son trasladados a los hospitales de Lanús y Monte Grande. Lo más terrible... —El piloto estaba por contarlo y se retrajo— son detalles demasiado fuertes para la señora...

—Adelante... —dijo ella—. Ya qué más da.

—Han encontrado a varios hombres colgados de los árboles, en Ezeiza. Por las pistas del aeropuerto se arrastran muchachones destrozados a cadenazos. Según explican en la torre de control, el pueblo está enardecido y hace justicia por su propia mano.

Rendido, el piloto entregó las notas al secretario y se masajeó la efervescencia de las sienes con la punta de los dedos.

—Aquí hay un mensaje último de Osinde —dijo López—. Ya todo está preparado para que bajemos en Morón. Espera órdenes del General y de nadie más.

—¿Y yo qué puedo hacer aquí, tan lejos, tan inerme? —se lamentó Perón—. Dejenmé solo un momento.

—No se puede —lo cortó el secretario—. No hay tiempo. Estamos llegando a Buenos Aires.

El General apretó las manos de la esposa.

—Ya me lo presentía. Han estado sembrando vientos y ahora recogen la tempestad.

Ella asintió:

—La tempestad.

El General cerró los ojos y se desplomó en la butaca.

—Volver así... qué triste.

—Qué tristeza tan grande —repitió la señora, meneando la cabeza.

—Entonces no hay nada que hacer —decidió el secretario—. No habrá ninguna ceremonia en Ezeiza. Que dispersen a la gente de una vez. Que la saquen de ahí como sea. Aterrizaremos en Morón.

El presidente Cámpora sintió que había llegado su momento. ¿Al General lo disgustaba su manera de gobernar? Pues bien: actuaría como si fuese Perón. Ejercería el poder que le habían confiado.

—No, señor —desautorizó al secretario—. Tenemos que ir a Ezeiza como sea. El pueblo ha viajado días enteros para ver al General de cerca. ¿Cómo lo vamos a desilusionar? Algún recurso habrá... Llevamos más de doce horas en este avión. Nada cuesta seguir dando vueltas hasta que resolvamos el problema... —Mientras hablaba se fue sintiendo único, irrefutable, al fin poderoso. Se volvió hacia el piloto—. El comandante en jefe de las fuerzas armadas soy yo, carajo. Adviértale a Osinde que voy a grabar un mensaje desde aquí, tranquilizando a la gente. Y si el General está de acuerdo, también él hablará. Eso es: dos mensajes. Que adviertan a las radios para transmitirlos en cadena. Necesitamos diez minutos, eso es todo. Vayan avisando por los altavoces que ya el General y el tío Cámpora harán un llamado de paz. Esto se acabará. Entonces podremos bajar en Ezeiza.

El piloto abrió la puerta de la cabina, con ánimo de obedecer.

—No llame nada —lo contuvo el secretario—. ¡Ni se le ocurra llamar! Hay miles de inconscientes matándose ahí abajo porque un inconsciente de aquí arriba les ha dado alas. Con la seguridad del General no se juega. Si bajamos en Ezeiza, la multitud se nos echará encima. Están todos enfermos, enloquecidos. ¿O acaso los partes de Osinde no han sido claros?

Las miradas de todos se posaron sobre Perón, esperando su señal. Una oscura fuerza los puso de pie. Nada pasó: el General se había adormecido. La señora le acariciaba el pelo, tal vez con ternura.

—Daniel tiene razón —murmuró ella—. Daniel tiene razón...

—Haga lo que le ordeno, comandante —alzó la voz el secretario—. ¿O es que no sabe todavía quién manda aquí? ■



"Adiós a Madrid", capítulo 1 de *La novela de Perón*, de Tomás Eloy Martínez (Planeta, 1991).

siasmo. Quería ser popular. Le encantaba que lo llamaran tío: el hermano del líder. Cada vez que pensaba en esas necedades, el General sentía un ardor de cólera.

Por fortuna, Cámpora se había dejado ver poco durante el viaje. Un par de veces, cuando aún volaban sobre España, había tratado de acercarse: "¿Está cómodo, señor? ¿Se le ofrece algo?". Pero el General lo rechazaba: "Quédese tranquilo, Cámpora. Descanse. Aproveche estas últimas horas muertas para descansar". Habían compartido el almuerzo en silencio. Ya llevaban casi una semana distanciados. Por momentos, Cámpora sentía ganas de pedir perdón, pero no sabía por qué.

Tenía sesenta y cinco años y los sentimientos transparentes: cada felicidad se le prendía en la cara como una vela. Estaba orgulloso de su dentadura y del bigotito fino que le patinaba sobre los labios; sus modales eran ceremoniosos y gentiles como los de un cantor de tangos. Caminaba gallardamente, con unas espaldas más jóvenes que el cuerpo. Pero delante del General se transfiguraba: los temblores que le bajaban del corazón iban encorvándolo a tal punto que parecía un camarero con la servilleta en el brazo.

Cuando Perón lo mandó a buscar, se había sentido mal, descompuesto. Al entrar en la cabina advirtió que el sol incomodaba a la señora en los ojos y se apresuró a cerrar la ventanilla.

—¿Qué hace, Cámpora? —lo reprendió el General—. Deje esos menesteres para las azafatas. Y siéntese de una vez. Ya lleva muchas horas de vida social.

El secretario mandó a servir té con galletitas. Hubo un largo rato de silencio, o tal vez de confusión, hasta que la señora, inadvertidamente, atropelló con los zapatos una hojarasca de revistas. Fue como una señal. Perón se puso de pie. Cámpora, que había logrado relajarse, se tensó de nuevo. Todos pudieron sentir cómo la tarde iba cayendo en un orden perfecto. El General extendió los brazos con una expresión de profunda pena.

—Yo estoy amortizado ya, muchachos. Nada espero de la vida sino quemar los últimos cartuchos al servicio de la patria... —Suspiró. La voz cambió de registro y se tiñó de una súbita ira— ... es que cada día me traen de Buenos Aires noticias que me alarman... Oigo que sin razón alguna entran desconocidos a las fábricas y las ocupan en nombre de Perón, desalojando a los propietarios legítimos... He sabido que molestan y golpean a los gremialistas que me han sido más fieles, invocando un peronismo que no es el mío... Hasta me han dicho que llaman por teléfono a los generales, en medio de la noche, para amenazarles a las familias... ¿Qué locuras son ésas? Los ultras están infiltrándonos el movimiento por todas partes, arriba y abajo. No somos violentos pero tampoco vamos a ser tontos. ¡Esto no puede seguir! El desorden trae caos, el caos acaba en sangre. Cuando querramos darnos cuenta ya no tendremos país. No habrá más Argentina. Viendo tanta torpeza, los militares volverán a conspirar. ¡Y con razón! Pero yo no estaré ahí para frenarlos. A mi edad, nadie se sacrifica para morir entre ruinas. No, señor. Les advierto que al primer desmán, Chabela y yo hacemos las valijas y nos volvemos a España.

El secretario asentía con énfasis, copiando con los labios cada palabra del General. Sin poder contenerse más, intervino:

—Estas tragedias pasan porque usted es demasiado bueno: porque no ha querido darles a los culpables su merecido.

—... Y sacarlos a patadas del movimiento —completó Rucci.

—A patadas —aceptó el General.

Fue en ese punto de la historia cuando sucedió. Uno de los pilotos abrió la puerta de la cabina, ofuscado. Apuntaba desesperadamente con el pulgar hacia abajo. Debía de tener ya las palabras casi afuera de la boca porque no supo qué hacer con ellas cuando vio la majestad del General alzada sobre aquel cónclave. Vaciló un instante y se las tragó. El secretario lo tomó del brazo y fue a encerrarse con él en la proa.

—Ahora digamé qué pasa —lo apremió.

—La torre de control de Ezeiza nos aconseja operar en otro aeropuerto, señor. —Desde el tablero de mando, la radio emitía silbidos histéricos. El copiloto, también excitado, contestaba con largas aes y oes a las informaciones de tierra—. Parece que han atacado el palco donde estaban esperando al General. Hay mucha confusión. Muertos, ahorcados, aplastados por las avalanchas... Los partes son terribles.

—Cuenteseló así mismo al General —vociferó López, abriendo la puerta de la cabina. Todos se volvieron. Hasta Gelli, que estaba echándose gotas en los ojos, atendió con asombro.

No bien el piloto empezó a repetir la historia, la señora se desesperó:

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué horrores son ésos?

Valori, el italiano, se apresuró a consolarla acercándole un pañuelo impregnado de perfume. El General, mientras tanto, no había perdido ni por un segundo su instinto de gravedad. Quiso saber si los pilotos se habían comunicado con el teniente coronel Jorge Osinde, que era jefe del comité de recepción, y cuál era la opinión del vicepresidente Solano Lima, a quien los terribles sucesos debían de estar angustiando en el aeropuerto. Sí, lo habían hecho todo:

—Recibimos el primer aviso a las 15.05: una llamada del teniente coronel Osinde. Fue una comunicación muy confusa. Se oían gritos... Alguien que no se identificó volvió a llamarnos a las 15.23. Estaban tomando declaraciones a los detenidos: así dijo. Y creían que se trataba de un complot para asesinar al General.

La señora no pudo más y soltó el llanto.

—¡Distensione, distensione! —recomendó Valori, con voz histérica.

—¿Y ahora, qué hacemos? —encaró el secretario al presidente Cámpora—. ¡Hombre, a ver si por una vez se le ocurre algo!

—A las 15.32 hablamos con el doctor Solano Lima en persona —siguió el piloto—. Venía de recorrer el área en helicóptero. Recomendó descartar el aeropuerto de Ezeiza. Coincidió con el teniente coronel Osinde, que nos aconseja ir a Morón. El vicepresidente prometió volver a llamar. Quiere comunicarse directamente con el doctor Cámpora.

—¿Y han averiguado quién empezó todo? —preguntó el General.

—Así lo han informado, señor, que ya lo saben. —El piloto leyó unas notas: —A las 14.03 se registró en la ruta 205 el paso de unas tres mil personas que avanzaban hacia el palco, llevando carteles de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y de los montoneros. A las 14.20 esas personas trataron de romper los cordones de seguridad y de invadir el área más cercana al palco, justo al pie del puente, donde ya no cabía ni un alfiler. Como los cordones se mantuvieron firmes, los de las FAR abrieron fuego. Usaron armas de procedencia soviética, con el caño recortado. Cuando el ataque fue repelido, el tiroteo se generalizó... Nos han transmitido cifras muy cambiantes de bajas: cincuenta, cien, quinientos. Parece que los equipos de sanidad no dan abasto, y que algunos heridos son trasladados a los hospitales de Lanús y Monte Grande. Lo más terrible... —El piloto estaba por contarlo y se retrajo— son detalles demasiado fuertes para la señora...

—Adelante... —dijo ella—. Ya qué más da.

—Han encontrado a varios hombres colgados de los árboles, en Ezeiza. Por las pistas del aeropuerto se arrastran muchachones destrozados a cadenazos. Según explican en la torre de control, el pueblo está enardecido y hace justicia por su propia mano.

Rendido, el piloto entregó las notas al secretario y se masajeó la efervescencia de las sienes con la punta de los dedos.

—Aquí hay un mensaje último de Osinde —dijo López—. Ya todo está preparado para que bajemos en Morón. Espera órdenes del General y de nadie más.

—¿Y yo qué puedo hacer aquí, tan lejos, tan inerme? —se lamentó Perón—. Dejenmé solo un momento.

—No se puede —lo cortó el secretario—. No hay tiempo. Estamos llegando a Buenos Aires.

El General apretó las manos de la esposa.

—Ya me lo presentía. Han estado sembrando vientos y ahora recogen la tempestad.

Ella asintió:

—La tempestad.

El General cerró los ojos y se desplomó en la butaca.

—Volver así... qué triste.

—Qué tristeza tan grande —repitió la señora, meneando la cabeza.

—Entonces no hay nada que hacer —decidió el secretario—. No habrá ninguna ceremonia en Ezeiza. Que dispersen a la gente de una vez. Que la saquen de ahí como sea. Aterrizaremos en Morón.

El presidente Cámpora sintió que había llegado su momento. ¿Al General lo disgustaba su manera de gobernar? Pues bien: actuaría como si fuese Perón. Ejercería el poder que le habían confiado.

—No, señor —desautorizó al secretario—. Tenemos que ir a Ezeiza como sea. El pueblo ha viajado días enteros para ver al General de cerca. ¿Cómo lo vamos a desilusionar? Algún recurso habrá... Llevamos más de doce horas en este avión. Nada cuesta seguir dando vueltas hasta que resolvamos el problema... —Mientras hablaba se fue sintiendo único, irrefutable, al fin poderoso. Se volvió hacia el piloto—. El comandante en jefe de las fuerzas armadas soy yo, carajo. Adviértale a Osinde que voy a grabar un mensaje desde aquí, tranquilizando a la gente. Y si el General está de acuerdo, también él hablará. Eso es: dos mensajes. Que adviertan a las radios para transmitirlos en cadena. Necesitamos diez minutos, eso es todo. Vayan avisando por los altavoces que ya el General y el tío Cámpora harán un llamado de paz. Esto se acabará. Entonces podremos bajar en Ezeiza.

El piloto abrió la puerta de la cabina, con ánimo de obedecer.

—No llame nada —lo contuvo el secretario—. ¡Ni se le ocurra llamar! Hay miles de inconscientes matándose ahí abajo porque un inconsciente de aquí arriba les ha dado alas. Con la seguridad del General no se juega. Si bajamos en Ezeiza, la multitud se nos echará encima. Están todos enfermos, enloquecidos. ¿O acaso los partes de Osinde no han sido claros?

Las miradas de todos se posaron sobre Perón, esperando su señal. Una oscura fuerza los puso de pie. Nada pasó: el General se había adormecido. La señora le acariciaba el pelo, tal vez con ternura.

—Daniel tiene razón —murmuró ella—. Daniel tiene razón...

—Haga lo que le ordeno, comandante —alzó la voz el secretario—. ¿O es que no sabe todavía quién manda aquí?



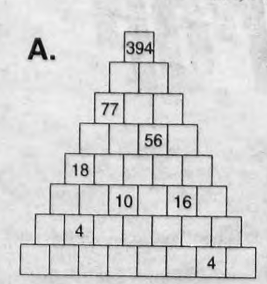


lo 1 de *La novela de Perón*, de Tomás Eloy Martínez (Planeta, 1991).

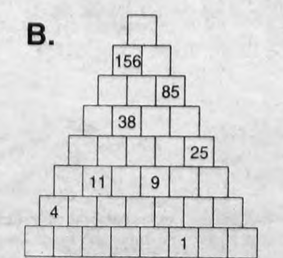
Pirámides numéricas

Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.

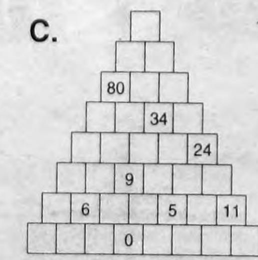
A.



B.



C.



Los colores de Africa

En la mayoría de las banderas africanas aparece el color rojo. En éstas que aquí veremos también aparece el rojo y su misión será descubrir qué figura está representada en cada una, la disposición de las franjas y qué otros dos colores acompañan al rojo.

1. Egipto y Libia presentan franjas horizontales. De ambas enseñas diremos que la que lleva una media luna son horizontales y la de franjas blanco y negro son paralelas.
2. La bandera con franjas amarillo y verde y la bandera de franjas blancas y negras lucen estrellas. De ambas, aquéllas cuyas franjas son verticales lleva 1 estrella y la de Egipto, 2.
3. En la de Uganda no aparece el verde.
4. Al gallo no se lo ve en la de franjas cruzadas.
5. En la bandera de Burundi hay una rosa, pero no aparece el color negro.

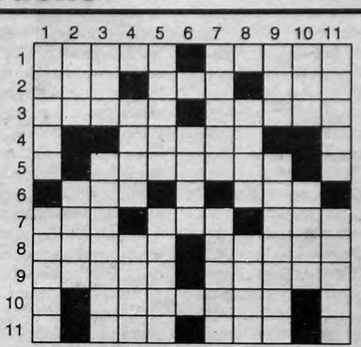
BURUNDI

		FIGURA					FRANJAS					COLORES				
		1 estrella	2 estrellas	Gallo	Media luna	Rosa	Cruzadas	Horizontales	Paralelas	Rayas	Verticales	Am. y negro	Am.y verde	Blanco y neg.	Blanco y ver.	Negro y ver.
PAIS	Burundi															
	Egipto															
	Libia															
	Senegal															
	Uganda															
COLORES	Amarillo y negro															
	Amarillo y verde															
	Blanco y negro															
	Blanco y verde															
	Negro y verde															
FRANJAS	Cruzadas															
	Horizontales															
	Paralelas															
	Rayas															
	Verticales															

EYGPT

PAIS	FIGURA	FRANJAS	COLORES

Ortodoxo



HORIZONTALES

1. Tirar, halar./ Partícula ínfima.
2. Abreviatura de "Octubre"./ Palabra inglesa: fuera de juego./ Abreviatura de ustedes.
3. Dad, regalad./ Italiano.
4. Arbusto que da la zarzamora.
5. Que tiene curiosidad.
6. Punto cardinal opuesto al Norte./ Organización Internacional del Trabajo.
7. Río de Argelia./ Hijo de Noé./ Vulgarmente, dulce.
8. (Salvatore) Cantante popular italiano./ Sin vigor.
9. Dícese de una cosa considerada en entero (pl.)./ Moverse circularmente.
10. Punto por donde sale el sol.
11. Roda, parte de la quilla./ Percibís por el oído.

VERTICALES

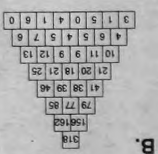
1. Molestar, estorbar, embromar./ Barcos de recreo.
2. Arbol venezolano./Calmo.
3. Iniciales del director cinematográfico Torre Nilsson./ Persona que cura alguna cosa.
4. En heráldica, dícese del color azul./ Mahometano.
5. Girar./ Unía por medio de la aguja y el hilo.
6. Pelea, reyerta.
7. Remuevo el fuego para que arda más./ Grande.
8. Pongo precio a una cosa./ Mono americano.
9. Organización de Unidad Africana./ Que oyen.
10. En números romanos, 1550./ Nopal.
11. De hueso (fem.)./ Mamífero cánido

Soluciones

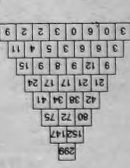
Ortodoxo

Pirámides numéricas

A.



B.



C.

Los colores de Africa

Burundi, rosa, cruzadas, blanco y verde.
Egipto, 2 estrellas, paralelas, blanco y negro.
Libia, media luna, horizontales, negro y verde.
Senegal, 1 estrella, verticales, amarillo y verde.
Uganda, gallo, rayas, amarillo y negro.